

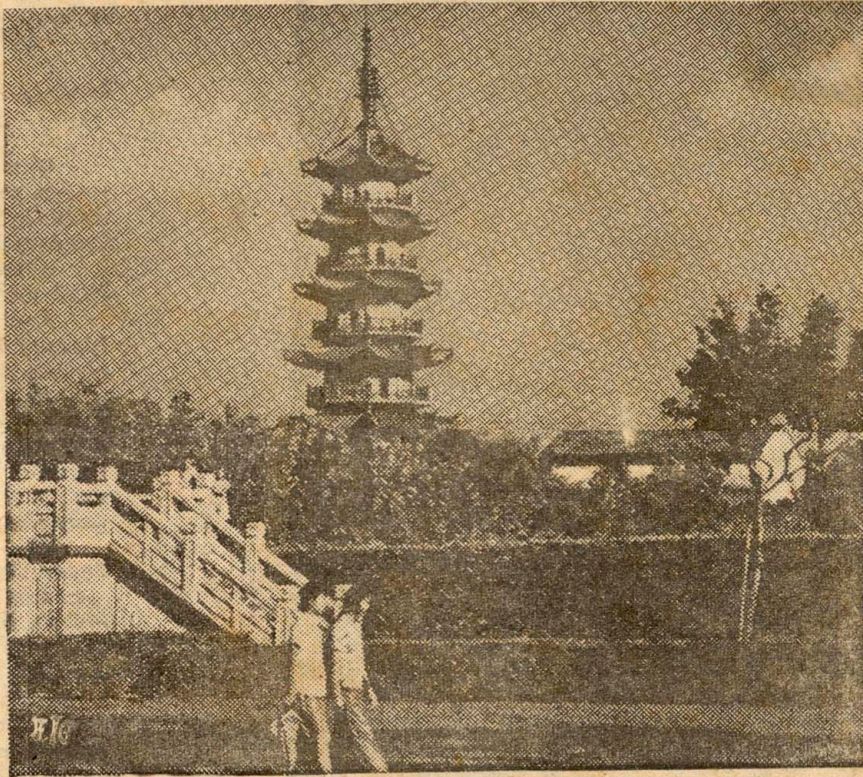
La cultura camina en dos piernas

Por Sebastián Salazar Bondy

Cuando la mañana del 26 de setiembre último abrí la ventana de mi habitación del Hotel Chie Men, Pekín estaba luminoso. Lentos nubarrones distantes se movían en el horizonte, pero un radiante sol, que el aire seco y tónico parecía reforzar, caía sobre la avenida Hu Fang Chia y encendía el azul añil de las chaquetas de la muchedumbre transeúnta y el pleno amarillo de los gigantes girasoles de los jardines aledaños. La arquitectura moderna, sin embargo, no conseguía en esa parte de la capital china disimular los rasgos majestuosos y finos de la antigua sede de los Ming, ahora pujante ciudad rectora de la nueva república. Se mezclaban en concertada alianza el trazo aéreo, grácil y original que las postales y los grabados tantas veces me habían enseñado con la sólida, rectilínea y severa apariencia de la construcción moderna. No circulaban por la calle los "coolís" de la vieja sociedad feudal, pero las bicicletas raudas los reemplazaban bien en esta imagen actual de un pueblo con cuatro mil años de historia. Los álamos ya amarillecidos por los primeros fríos, los crisantemos palpitantes en sus macetas de porcelana, los arbustos de retorcidas ramas, formaban el decorado; justamente como en las estampas que mi memoria guardaba como un sueño imposible en lograr alguna vez animado por la vida real. Ahí estaba, no obstante, Pekín inmemorial, y no me negaba el premio de su originalidad aquella mañana en que abrí la ventana para contemplarlo, luego de un largo viaje desde las antípodas.

SHI PAI-SHI Y LA NATURALEZA

La primera impresión fue definitiva. China artística habría de mostrarme en seguida y durante cerca de un mes que tradición y modernidad se enlazan en ella sin que una menoscabe a la otra. Quizá este es el punto que, en lo que respecta a la cultura, hay que destacar especialmente. En todas las latitudes del orbe la técnica y el espíritu que ella encarna han sido una amenaza para la heredad del pasado, más incómodo de sobrellevar cuanto más importante fue su imperio, cuanto más precioso se reveló su estilo. Los chinos de hoy han sabido, en cambio, adoptar todo lo que es patrimonio de Occidente asimilándolo a su personalidad secular sin ejercer violencia alguna sobre lo propio y, lo que es más notable, sin rezagar los valores esenciales de su característico sello nacional. Así es posible ver, sin que ello signifique un contraste brutal, la torre de los ejercicios de paracaidismo desde el monumental Templo del Cielo (construcción circular sin clavos, de una armonía perfecta) o apreciar, por las mismas danzarinas que miran a los pavorreales en el baile autóctono, las clásicas figuras de "El Lago de los Cisnes". La ópera moderna —que cuenta, como en la bella obra de Jo Ching-Chin y Ding Yi, los padecimientos de una muchacha campesina en los días de la opresión extranjera— se enlaza con la ópera tradicional, ese género en el que hay teatro, pantomima, música y acrobacia, en una suerte de continuidad sin solución que es testimonio de la identificación estricta de lo nuevo y lo viejo. Una piedra de jade minuciosamente trabajada al buril con el tema de la construcción de una represa ofrece al gustador el mismo placer que las viejas tallas con los temas budista y chintista de siglos atrás, sobre todo porque en éstas no era el asunto sino la habilidad y el talento del artesano



China artística

...la tradición se asocia a la modernidad...

los que proporcionaban a la piedra dura su delicadeza poética, su fuerza expresiva.

El ejemplo de la pintura es significativo. Si la doctrina estética que predomina en la China de hoy es la del realismo-social (sobre todo porque la mayoría de los intelectuales sostiene que es preciso consolidar en las masas la conciencia de su derecho y su deber a participar en la realización política), el florecimiento de los géneros tradicionales no ha sufrido mengua alguna. Tres son esos géneros, determinados por la temática de la creación: el paisaje, los pájaros y las flores. Hubo siempre en China especialistas en cada una de estas "escuelas". Y los sigue habiendo. Shi Pai-Shi, el más grande pintor del siglo XX, cuyas obras, originales y reproducciones, se ven en todas partes, en las paredes de las instituciones oficiales y en las de los hogares corrientes, pintó toda su vida flores, hierbas, insectos. En ello llegó a una maestría en el dibujo que puede decididamente afirmarse que los artistas de Occidente no han logrado, salvo excepciones, alcanzar la síntesis de rasgo, el ritmo de los conjuntos, la expresividad plástica del cuadro como Shi Pai-Shi, el humilde autor de los dulces imágenes de la vida natural. Ello no impide, por cierto, que los procedimientos antiguos se empleen para elaborar una obra como "El pueblo hace milagros", trabajo colectivo del Instituto de Arte de Shantung, en el que se describe, sin retórica y dentro de un orden plástico admirable, la desviación del Río Amarillo en la zona de Weishan para beneficio de la agricultura. Tampoco la existencia de los pintores que prolongan la tradición dificulta el trabajo de los creadores que emplean el óleo y la témpera a la manera de los occidentales. En la entrada del monumental local de la Asamblea Popular, en la Plaza de la Paz Celestial, el centro cívico de Pekín, un inmenso mural acoge a los visitantes. Es un óleo que, a diferencia de los frescos que se inscriben en el realismo-social mexicano, por ejemplo, ofrece nada menos que un paisaje ártico en donde, tras las montañas nevadas, el sol ígneo se levanta con un potente esplendor

de vida. Serenidad y grandeza traspunta dicho paño en el cual la intención simbólica no rebasa sus límites con pruritos de proclama civil. En él, pasado y presente del arte chino se conjugan firme, armónicamente.

ALFABETO Y JEROGLIFICOS

La arquitectura también muestra la asociación de lo autóctono y lo presente. Las necesidades del país exigen la construcción monumental, de muchas instalaciones y de grandes dimensiones. Su funcionalidad es indispensable. Los arquitectos no han querido importar sin más las formas que la nueva técnica de Occidente elaboró para los nuevos materiales. Estos se adaptaron al estilo de tal modo que perdió lo que era superfluo y paramental, pero mantuvo el perfil que le es inconfundible y peculiar. No se trata de un refrito o un "pastiche", a la manera, digamos, del "neo-colonial" que entre nosotros trató de poner trabas al desarrollo de la arquitectura moderna, pues lo que la arquitectura actual china rescata del pretérito es todo aquello que en la construcción antigua obedecía a una necesidad y, por ende, a una voluntad estilística. El Palacio de la Asamblea Popular y el Museo Histórico, que conforman dos lados del rectángulo de la Plaza de la Paz Celestial, son sonoros acordes de la misma melodía arquitectónica que, en los otros dos lados, presentan la Ciudad Prohibida (el Tienanmen de los Emperadores) y el Puente de Chie Men, resto de la muralla que antes encerraba Pekín. El espacio interior de esta plaza, una de las más hermosas del mundo, es un ejemplo patente de cómo la unidad arquitectónica, que es unidad de alma e historia, no se ha roto con el impulso contemporáneo. Por el contrario, el presente se destaca por el nuevo ritmo, el nuevo empeño, el nuevo propósito, que nunca traicionan la línea de cuarenta siglos grabada a lo largo y lo ancho de China como la tenaz huella de un pueblo que siempre quiso marchar hacia su perfección.

He escuchado conciertos de música occidental ejecutados con los ins-

trumentos típicos de la China y también música de estructura oriental en completas orquestas sinfónicas. He visto piezas de teatro con temas de hoy (y en la cartelera ha habido, como lo prueban los programas, piezas de Shakespeare, Ibsen, Lorca y Figueredo) y he asistido a bastantes espectáculos de ópera tradicional. De las prensas salen libros de ayer y de hoy, poemas de Rafael Alberti y de Li Tai-Po, novelas de Lu Sin y de Cervantes, ensayos de Chou Yang y de José Martí. El hecho de que una comisión oficial se halle entregada a la gigantesca tarea de asimilar el alfabeto latino para reemplazar los jeroglíficos con el fin de conseguir que la alfabetización, ya en un proceso de avance que asombra, se acelere aún más, especialmente en el campo de la educación fundamental, ilustra cabalmente acerca de este carácter de doble realidad cultural autóctona y universal, que tanto se destaca a los ojos del visitante extranjero, generalmente ganando, al arribar a la China, por la ilusión exótica del "misterioso Oriente" que las vagas informaciones de antaño y las escasas de nuestro tiempo han difundido. La "latinización" del alfabeto plantea un grave problema que, a primera vista, justifica una objeción inmediata: ¿y la inmensa bibliografía china, el tesoro de millones de manuscritos y libros que custodian las bibliotecas, se perderá ante la imposibilidad de trasladarlo a los nuevos signos gráficos? Los expertos en la materia responden serenamente que el alfabeto latino servirá para el periodismo, los carteles, los documentos perentorios, pero que todo escrito importante y trascendental, en especial la literatura, continuarán siendo redactados en los sabios ideogramas de la lengua particular. A partir de los diez años de edad, la escuela enseñará a escribirlos y leerlos a todos los escolares que en ese momento sean alfabetos en la escritura occidental.

LA TIERRA NUEVA

En la agricultura como en la industria, en la medicina como en la organización estatal, los chinos expresan su propósito de "caminar en dos piernas". Quiere esto decir que la conquista de lo moderno y occidental constituye un miembro de apoyo e impulso, pero que el otro tiene que ser lo valioso, vital y rico de la heredad nacional. El arte, pues, "camina en dos piernas". Una es el pincel delicado y amoroso de Shi Pai-Shi, las airoas líneas exteriores del Palacio de la Asamblea Popular, la ópera en la que se narran las peripecias de un héroe legendario en lucha contra los dragones del mal, las melodías desgarradas que arranca el cantor al delgado violín de una cuerda, el paso reverencial de la danza en que se remeda a la naturaleza, el poema que loa al sol en el crepúsculo violeta. Otra el cuadro que evoca una acción colectiva por el progreso, la estructura de acero del edificio recién construido, el drama que cuenta el horror de los padecimientos pasados hasta hace apenas una década, la sinfonía compuesta en homenaje a una esperanza presente, el "pas-de-catre" de Tchaikovsky, los versos de Ko Mo-Ja o Emi Siao. En esas dos palancas de tracción está para los chinos, la fuerza que perdieron cuando, ensimismada, su cultura no dió el paso de la técnica y se detuvo, uno o dos siglos atrás, indefensa. Entonces, cuando el mundo se extendió, ávidos los pueblos

(Pasa a la página 9)

Hombre y arte de...

(Viene de la página 3)

poderosos de expansión y dominio, esa cultura fue víctima de la postración y la servidumbre. El arte era de ruinas, de recuerdos, de despojos hermosos pero muertos. Revivirlo ha costado ponerse de pie y andar conservando el sostén antiguo y buscando el sostén nuevo, y usando ambos en una estrecha relación de unidad y complementación.

Los lentos nubarrones que en la mañana del 26 de setiembre divisé desde la ventana del Hotel Chie Men, en Pekín, habían en la noche cubierto

el cielo. De su ahito seno caía una copiosa lluvia que bañaba la avenida Hu Fang Chia. La multitud no cesaba de ir y venir. De los jardines ascendía un aroma de tierra húmeda, fresca, fértil. Esa tierra parecía nueva. Tal vez lo es, como lo es, pese a su edad, el arte que los hombres de ese enorme país realizan sin desdén al legado ancestral, enriqueciéndolo con la sabiduría que todos los hombres de todo el orbe han ganado para la cultura sin tiempo ni lugar.

**PROXIMO ARTICULO:
EL TEATRO CHINO**

ERIC 06/11/1960 p. 3,9